

Volver a la historia

Michel Foucault*

Traducción de Graciela Lechuga Solís**

Rememorar a Michel Foucault –tan vivo en su legado intelectual, después de casi veinte años de su ausencia– resulta paradójico, pues en la actualidad, él se nos presenta con el mismo vigor como cuando impartía sus cursos en el *Collège du France*. La desmesurada bibliografía sobre el pensador francés en torno a las humanidades, la historia y las ciencias sociales, prolifera y abre nuevos territorios por explorar. Es raro el artículo o los libros sobre los temas que él cultivó, que no aludan, de una u otra manera, a su pensamiento o a su obra aunque sea de soslayo, o se le implique en afirmaciones que nunca hizo, o en interpretaciones que lo deforman. Foucault ocupa, desde la publicación de sus trepidantes libros como *Histoire de la folie...*, un lugar en la biblioteca del pensamiento universal. Como él mismo afirmó de Marx y Freud, instauró discursividades, discursos plenos de sentido que se deslizan sobre terrenos insospechados por sus autores, y que abren paso en ámbitos donde el pensamiento incursiona y se pregunta sobre nuevas posibilidades para pensar la vida colectiva, la subjetividad, la salud, el pensamiento, el derecho, la criminalidad, la dominación política, la re-

* Michel Foucault. "Rehishi heno kaiki" ("Volver a la historia"), *Paideia*, núm. 11: Michel Foucault, febrero 1972, pp. 45-60 (conferencia pronunciada en la Universidad de Keio, 9 de octubre de 1970. *Dits et écrits 1954-1988* (Daniel Defert y François Ewald (eds.), con la colaboración de Jacques Lagrange, París, Gallimard, 1994, 4 vols., vol. 2:268-281), (traducción del francés de Graciela Lechuga Solís, mayo 2003).

** Profesora-investigadora. Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

producción sexual y económica, la historia. La proliferación de artículos sobre el filósofo de Poitiers es una muestra de la elaboración de un nuevo escenario político, social, cultural; de una nueva teatralidad no barroca, en la que discursos, personajes y escenarios aventuran una nueva sociedad y un desafío para pensarla. Las ciencias del hombre, después del lúcido y atrevido cuestionamiento hecho por Foucault a su surgimiento en *Les mots et les choses*, habrán de reconocer, re-pensar, perfilar, facetas del mundo, si se quiere globalizado, que se levante ante nuestros ojos. Michel Foucault, tan atraído por el anonimato, igual que su admirado Maurice Blanchot, se sorprendería, y seguramente se incomodaría, por los intentos para recuperar su obra en homenajes, discursos laudatorios, y “nuevos descubrimientos” sobre su vida y su obra, pues estos hechos le restan sencillez a la vida del filósofo, le abren las puertas al indiscreto poder y atentan hacia la privacidad necesaria en este mundo donde los límites entre lo público y lo privado apenas se distinguen. Estas líneas sólo quieren servir como reconocimiento a una de las grandes inteligencias de la segunda mitad del siglo XX, que ha marcado un lindero para pensar las ciencias sociales.

Las discusiones acerca de las relaciones entre el estructuralismo y la historia han sido numerosas, prolijas y con frecuencia confusas, no sólo en Francia, sino en Europa, en América y quizá en Japón, debido a un número de razones que son fáciles de enumerar.

La primera es que nadie se entiende con nadie para saber qué es el estructuralismo. La segunda: la palabra “historia” en Francia significa dos cosas: aquello de lo que hablan los historiadores y lo que éstos hacen en la práctica. La tercera razón, la más importante, es que muchos temas o preocupaciones políticas han entreverado la discusión de las relaciones entre historia y estructuralismo. No quiero, en lo absoluto, trasladar la discusión de ahora al contexto político en el que ella se sitúa, por el contra-

rio. En primer lugar, quisiera ofrecer una estrategia general, el plan de batalla de esta discusión entre los estructuralistas y sus adversarios a propósito de la historia. Lo primero que hay que remarcar es que el estructuralismo, al menos en su forma primera, fue una empresa cuyo propósito era dar un método más preciso y más riguroso a las investigaciones históricas: quiso hacer una historia, y una historia más rigurosa y más sistemática. Tomaré tres ejemplos. Se puede considerar que el americano Boas fue el fundador del método estructural en etnología.¹ Ahora bien, ¿qué era para él este método? Era en esencia una manera de criticar una cierta forma de historia etnológica que se hacía en su época. Taylor había dado el modelo.² Esta historia quería que todas las sociedades humanas siguieran una misma curva de evolución, partiendo desde las formas más simples hasta las más completas. Esta evolución no variaba de una sociedad a otra más que por la velocidad de las transformaciones. Por otro lado, las grandes formas sociales, como por ejemplo las reglas matrimoniales, o como las técnicas agrícolas, serían en el fondo suertes de especies biológicas, y su extensión, crecimiento, desarrollo y difusión obedecerían a las mismas leyes y a los mismos esquemas que el crecimiento y el despliegue de las especies biológicas. De todas formas, el modelo que Taylor se daba para analizar el desarrollo y la historia de las sociedades, era el modelo biológico. Es a Darwin, y de manera más general al evolucionismo, a quien Taylor se refería para contar la historia de las sociedades.

El problema de Boas era sacar el método etnológico de ese viejo modelo biológico y demostrar cómo las sociedades humanas, fueran las simples o las complejas, obedecían a ciertas relaciones internas que las definían en su especificidad; este juego, interior en cada sociedad, es lo que Boas denominaba la estructura de una sociedad, estructura cuyo análisis debería permitirle hacer una historia ya no biológica, sino realmente histórica de las sociedades humanas. Para Boas se trataba pues, no de una supresión del punto de vista histórico en beneficio de un punto de vista, digamos, antihistórico o a-histórico.

Tomé el ejemplo de Boas, habría podido tomar, de la misma manera, el ejemplo de la lingüística y especialmente el de la fonología. Antes de Troubetskoï, la fonética histórica enfrentaba la evolución de un fonema o de un sonido a través de una lengua.³ Ella no tendía a dar cuenta de la transformación del estado de una lengua en un momento determinado: lo que Troubetskoï quiso hacer para la fonología, era darse el

¹ F. Boas, *The mind of primitive Man*, Nueva York, Mcmillan, 1911; *Race, Language and Culture*, Nueva York, McMillan, 1940.

² E.B. Tylor, *Researches into the Early History of Mankind and the Development of Civilization*, Londres, J. Murray, 1865; *Primitive Culture: Researches into the Development, of Mythology, Philosophy, Religion, Art and Custom*, Londres, J. Murray, 1871, 2 vols; *Anthropology: An Introduction to the Study of Man and Civilization*, Londres, McMillan, 1881.

³ N. Troubetskoï, *Zur allgemeinen Theorie der phonologischen Vokalsysteme*, Travaux du Cercle linguistique de Prague, Prague t. I, 1929, pp. 39-67, *Grundzüge der Phonologie*, Travaux du Cercle linguistique de Prague, Prague, t. VII, 1939 (*Principes de phonologie*, trad. J. Cantineau, París, Klincksieck, 1949).

instrumento que le permitiera pasar de la historia, en cierta manera individual, de un sonido, a la historia más general del sistema fonético de toda una lengua.

Quisiera dar un tercer ejemplo, que evocaré brevemente, es el de la aplicación del estructuralismo a la literatura. Cuando Roland Barthes definió, hace algunos años, lo que llamó el nivel de la escritura en oposición al nivel del estilo o nivel de la lengua, ¿qué quería hacer?⁴ Y bien, es posible comprenderlo cuando se mira cuál era la situación de los estudios de historia de la literatura en Francia alrededor de los años 1950-1955. En esa época, o bien se hacía la historia individual, psicológica, eventualmente psicoanalítica del escritor desde su nacimiento hasta la terminación de su obra, o bien se hacía una historia global, general de una época, de todo un conjunto cultural, de una conciencia colectiva, si se quiere.

En un caso, se reunían el individuo y sus problemas personales, en el otro, se llegaba a niveles muy generales. Lo que Barthes quiso hacer al introducir la noción de escritura, fue descubrir un nivel específico a partir del cual se pudiera hacer la historia de la literatura en tanto que literatura, en tanto que ésta tiene una especificidad particular, que rebasa a los individuos y en la que se alojan los individuos, y por otro lado, en tanto que está en medio de todas las otras producciones culturales, es un elemento perfectamente específico con sus leyes propias de condicionamiento y transformación. Barthes, al introducir esta noción de escritura, quiso fundar una nueva posibilidad de historia literaria.

Así pues, me parece, debemos tener en mente que en sus proyectos iniciales las diversas empresas del estructuralismo (bien sean etnológicas, lingüísticas o literarias, y se podría decir lo mismo de la mitología y, a propósito de la historia, de las ciencias) han estado siempre en un punto de partida de tentativas para proporcionarse el instrumento de un análisis histórico preciso. Ahora bien, debemos reconocer que tal empresa no ha fracasado, sino que no ha sido reconocida como tal, y la mayoría de los adversarios de los estructuralistas han entendido, al menos en este punto, que al estructuralismo le ha faltado la dimensión misma de la historia y sería de hecho antihistórico.

Esta crítica viene de dos horizontes distintos. Hay, de entrada, una crítica teórica de inspiración fenomenológica o existencial. Hay que señalar que cualesquiera que fueran sus buenas intenciones, el estructuralismo ha estado obligado a convencer de nuevo; dio, en efecto, un privilegio absoluto al análisis de las relaciones simultáneas o sincrónicas sobre el estudio de las relaciones evolutivas. Cuando los fonólogos, por ejemplo, estudian las leyes fonológicas, lo que hacen es analizar estados de la lengua, sin tener en cuenta su evolución temporal. ¿Cómo es posible hacer la historia si no se tiene en cuenta el tiempo? Pero hay más: ¿cómo es posible decir que el análisis estruc-

⁴ R. Barthes, *Le Degré zéro de l'écriture*, París, Du Seuil, col. "Pierres vives", 1953.

tural es histórico si privilegia no sólo la simultaneidad sobre lo sucesivo, sino además lo lógico sobre lo causal? Por ejemplo, cuando Lévi-Strauss analiza un mito, el que él busca, no es para saber de dónde viene ese mito, por qué nació, cómo ha sido transmitido, cuáles son las razones por las que una determinada población ha recurrido a tal mito, o por qué tal otra ha estado conminada a transformarlo. Él se contenta, al menos en un primer tiempo, con establecer relaciones lógicas entre los diferentes elementos de ese mito, y en el espacio de esta lógica se pueden establecer determinaciones causales y temporales. En fin, otra objeción: el estructuralismo no tiene en cuenta la libertad o la iniciativa individual. Sartre objeta a los lingüistas que la lengua no es nunca el resultado, la cresta, la cristalización de una actividad humana fundamental y primera. Si no hubiera sujeto parlante que retomara a cada instante la lengua, la habitara desde el interior, la contorneara, la deformara, la utilizara, si no hubiera elementos de la actividad humana, si no hubiera la palabra en el corazón del sistema de la lengua, ¿cómo podría ésta evolucionar? Ahora bien, a partir del momento en que se deja de lado la práctica humana por no enfrentar más que la estructura y las reglas de la coacción, es evidente que falta de nuevo la historia.

Las objeciones que se han hecho por los fenomenólogos o los existencialistas son en general retomadas por cuenta propia por un cierto número de marxistas sumarios, es decir, marxistas cuya referencia teórica no es el marxismo en sí mismo, sino precisamente las ideologías burguesas contemporáneas. Por el contrario, han llegado objeciones de un marxismo más serio, es decir, realmente revolucionario. Estas objeciones se apoyan en el hecho de que los movimientos revolucionarios que se han producido, que se producen todavía entre los estudiantes y los intelectuales, no deben casi nada al movimiento estructuralista. Quizá no haya más que una excepción a ese principio, es el caso de Althusser en Francia. Althusser es un marxista que aplicó a la lectura y al análisis de los textos de Marx un cierto número de los métodos que se pueden considerar estructuralistas, y el análisis de Althusser ha sido importante en la historia reciente del marxismo europeo.⁵ Esta importancia está ligada al hecho de que Althusser liberó la interpretación marxista tradicional de todo el humanismo, de todo el hegelianismo, de toda la fenomenología que pesaban sobre él y, en cierta medida, hizo posible una nueva lectura de Marx que ya no era universitaria, sino bien y bellamente política; pero muy rápido esos análisis althusserianos, tan importantes como fueron en un principio, se vieron rebasados por un movimiento revolucionario que, mientras se desarrollaba entre estudiantes e intelectuales, fue, ustedes lo saben, un movimiento esencialmente antiteórico. Más aún, la mayoría de los movimientos revolucionarios que se han desarrollado recientemente han estado más cerca de Rosa

⁵ L. Althusser, *Pour Marx*, París, Maspero, 1965; "Du 'Capital' à la philosophie de Marx", en Althusser, L., Macherey, P., Rancière, J., *Lire "Le capital"*, París, Maspero, 1965, t. I, pp. 9-89; "L'Objet du 'Capital'", en Althusser, L., Balibar, E. Establet, R., *Ibid.*, t. II, pp. 7-185.

Luxemburgo que de Lenin: han conferido más crédito a la espontaneidad de las masas que al análisis teórico.

Me parece que hasta el siglo XX el análisis histórico ha tenido en esencia como objetivo reconstituir el pasado de grandes conjuntos nacionales, según los cuales se recortaría o se articularía la sociedad industrial capitalista. Ésta se estableció, desde los siglos XVII-XVIII, en Europa y en el mundo entero, según el esquema de las grandes nacionalidades. Para que funcionara la historia en el interior de la ideología burguesa, se tuvo que mostrar cómo esas grandes unidades nacionales, de las que el capitalismo tenía necesidad, venían de lejos en el tiempo, y habían, a lo largo de las diversas revoluciones, afirmado y mantenido su unidad.

La historia era una disciplina gracias a la cual la burguesía mostraba, en un principio, que su reino no era sino el resultado, el producto, el fruto de una lenta maduración y que, en tal medida, este reino estaba perfectamente fundado, porque venía de la noche de los tiempos; a continuación mostraba que, ya que ese reino venía del principio de los tiempos, no era posible amenazarle con una nueva revolución. Así, la burguesía, a la vez, fundaba su derecho para ocupar el poder y conjuraba las amenazas de una creciente revolución, y la historia era aquello que Michelet llamaba la "resurrección del pasado". La historia se daba la tarea de hacer viva la totalidad del pasado nacional; esta vocación y este rol deben ser ahora revisados si se quiere separar la historia del sistema ideológico de donde nació y se desarrolló. Ésta debe ser más bien comprendida como el análisis de las transformaciones de las que son efectivamente susceptibles las sociedades. Las dos nociones fundamentales de la historia tal como se hace ahora ya no son el tiempo y el pasado, sino el cambio y el acontecimiento. Citaré dos ejemplos, uno tomado de los métodos estructuralistas, el otro de los métodos propiamente históricos; uno tiene por objetivo mostrar cómo el estructuralismo proporcionó o en todo caso se esforzó en dar una forma rigurosa al análisis de los cambios; y el otro tiene por objetivo mostrar cómo ciertos métodos de la nueva historia son tentativas para ofrecer un estatus y un sentido nuevo a la vieja noción de acontecimiento.

Como un primer ejemplo tomaré el análisis que hizo Dumézil de la leyenda romana de Horacio.⁶ Este es, creo, el primer análisis estructural de una leyenda indo-europea. En esta historia muy conocida, Dumézil encontró versiones isomorfas en muchos países, en particular en Irlanda. Hay, en efecto, un relato irlandés en donde se ve un personaje, un héroe que se llama Cúchulainn, un niño que recibió de los dioses un poder mágico que le da una fuerza extraordinaria: un día en que el reino donde vivía se vio amenazado, Cúchulainn partió en expedición contra los enemigos. A la puerta del palacio del jefe contrario se encuentra un primer adversario al que mata; después

⁶ G. Dumézil, *Horace et les curiaces*, París, Gallimard, col. "Les mythes romains", 1942.

continúa avanzando y se encuentra con un segundo adversario, lo mata, luego un tercero, a quien también mata, y después de esta triple victoria, Cûchulainn puede regresar a su casa; pero el combate lo ha puesto en un estado de excitación, o más bien el poder mágico que recibió de los dioses se encuentra, a lo largo de la batalla, exaltado a tal grado que él se vuelve todo rojo y ardiente; de entrar a su ciudad, sería un peligro para todo el mundo. Para apaciguar esta fuerza vehemente, impetuosa, es que sus conciudadanos, en el camino de regreso, deciden enviarle una mujer. Pero Cûchulainn se encuentra con que esta última es la mujer de su tío, las leyes del incesto prohíben tal relación sexual; por lo tanto no puede apaciguar su ardor, y los conciudadanos se ven obligados a sumergirlo en un baño de agua fría. Pero Cûchulainn está tan caliente que hace hervir el agua por lo que se le obliga a remojarse siete veces sucesivas antes de que llegue a la temperatura normal y pueda regresar a su casa sin constituir un peligro para los otros.

El estudio de Dumézil se distingue de los análisis de mitologías comparadas que le habían precedido. En el siglo XIX, existía toda una escuela de mitología comparada; se conformaban con mostrar las semejanzas que había entre un mito y otro, y es así que ciertos historiadores de las religiones habían encontrado el mismo sistema solar en casi todas las religiones del mundo. Dumézil, por el contrario —y es en esto que su análisis es estructural—, no acerca esos dos relatos más que para establecer con mucha precisión las diferencias entre ambos. En el caso de Cûchulainn, el héroe es un niño cargado de un poder mágico; en fin, él es solo. Observen el lado romano: el héroe, Horacio, es adulto, está en edad de portar armas, no tiene poder mágico alguno, es simplemente un poco más astuto y malo que los otros, ya que hace parecer que escapa y regresa, pequeña y eficaz estrategia, pero sin ningún poder mágico. Otro conjunto de diferencias, en el caso de la leyenda irlandesa el héroe tiene un poder mágico que se exalta tan fuerte en la batalla, que él regresa siendo un peligro para su propia ciudad. En el caso del relato romano, el héroe vuelve vencedor, y entre aquellos que encuentra, ve a uno que ha traicionado, en su corazón, a su propia patria: su hermana que ha tomado partido por los adversarios de Roma. El peligro ha sido desplazado del exterior de la ciudad hacia el interior, y el héroe ya no es el portador del peligro, sino es alguien diferente a él, un miembro de su familia. En fin, último conjunto de diferencias, en el relato irlandés, sólo el baño mágico en los siete cubos de agua fría puede llegar a apaciguar al héroe; en el relato romano, Horacio hace un ritual, ya no mágico ni religioso, sino jurídico, es decir, un juicio, después un procedimiento de apelación, luego un veredicto, para que el héroe reencuentre su lugar en medio de sus contemporáneos.

El trabajo de Dumézil, y es el primero con estas características, es pues el análisis de un juego de diferencias, no una simple lista de semejanzas. Además, Dumézil no se contenta con hacer el listado de las diferencias, también establece un sistema, con su

jerarquía y su subordinación. Por ejemplo, muestra que en el relato romano, a partir del momento en que el héroe no es un niño, cargado de un porvenir mágico, sino un soldado como los otros, es claro que no puede estar solo frente a sus tres adversarios, ya que, necesariamente, un hombre normal, frente a tres adversarios, debería perder; en consecuencia, el relato romano ha añadido de nuevo, alrededor del héroe Horacio, dos compañeros, los dos hermanos que vienen a equilibrar, frente a los tres Curiaces, al héroe. Si éste estuviera cargado de un poder mágico le sería muy fácil vencer a sus tres adversarios; a partir del momento en que es un hombre común, un soldado como los demás, de golpe se le obliga a apoyarse con otros dos soldados, y su victoria no será obtenida más que por una especie de astucia táctica. El relato romano ha vuelto natural la hazaña del héroe irlandés a partir del momento en que los romanos introdujeron la diferencia que consiste en poner un héroe adulto en lugar de un héroe niño, a partir del momento en que ellos presentaron un héroe normal, y no un personaje cargado de poder mágico, era necesario que fueran tres y ya no uno frente a tres. Se tiene no solamente el cuadro de las diferencias, sino el encadenamiento de las diferencias entre sí. En fin, el análisis estructuralista de Dumézil consiste en mostrar cuáles son las condiciones de una transformación parecida.

Por medio del relato irlandés vemos el perfil de una sociedad en la que la organización militar reposa esencialmente sobre los individuos que han recibido el poder y la fuerza desde su nacimiento; su fuerza militar está ligada a un cierto poder mágico y religioso. Por el contrario, en el relato romano, lo que se aprecia es una sociedad en donde el poder militar es colectivo; hay tres héroes; éstos no son más que, de alguna manera, funcionarios, ya que el poder les ha sido delegado, mientras que el héroe irlandés había tomado por sí mismo la iniciativa de su expedición, es en el interior de una estrategia común que el combate se desarrolla; en otras palabras, la transformación romana del viejo mito indo-europeo es resultado de la transformación de una sociedad esencialmente constituida, al menos en su estrato militar, por individualidades aristocráticas, es una sociedad cuya organización militar es colectiva y hasta cierto punto democrática. Y ustedes ven cómo el análisis estructural, no digo que resuelve los problemas de la historia de Roma, sino que se articula muy directamente con la historia efectiva del mundo romano. Dumézil muestra que no debemos buscar en el relato de los Horaces y de los Curiaces algo como una transposición de un acontecimiento real que pasaría en los primeros años de la historia romana; sino, en el momento mismo en el que muestra el esquema de transformación de la leyenda irlandesa en un relato romano, señala cuál ha sido el principio de la transformación histórica de la vieja sociedad romana en una sociedad estatal. Como ven, un análisis como el de Dumézil puede articularse sobre un análisis histórico. A partir de este ejemplo se puede decir: un análisis es estructural cuando estudia un sistema transformable y las condiciones en las cuales se efectúan dichas transformaciones.

Ahora quisiera, tomando otro ejemplo, mostrar cómo ciertos métodos utilizados hoy en día por los historiadores permiten dar un sentido nuevo a la noción de acontecimiento (*événement*). Se tiene la costumbre de decir que la historia contemporánea se interesa cada vez menos en los acontecimientos y cada vez más en ciertos fenómenos largos y generosos que atraviesan en cierta manera el tiempo y se mantendrían inmóviles a través de éste. Pero desde hace algunas decenas de años se ha puesto en práctica una historia llamada "serial" en donde acontecimientos y conjuntos de acontecimientos constituyen el tema central.

La historia serial no se hace mediante objetos generales y constituidos de antemano, como el feudalismo o el desarrollo industrial. La historia serial define su objeto a partir de un conjunto de documentos de los que dispone. Es así que se han estudiado, hace una decena de años, los archivos comerciales del puerto de Sevilla a lo largo del siglo XVI; todo lo concerniente a la entrada y salida de los barcos: nombre, cargamento, precio de venta de sus mercancías, nacionalidad, lugar de donde venían, lugar hacia donde iban. Todos estos hechos, pero sólo estos hechos, son los que constituyen el objeto de estudio. En otras palabras, el objeto de la historia ya no es más una especie de categorización previa de periodos, épocas, naciones, continentes, formas de cultura... Ya no se estudia a España y América durante el Renacimiento, se estudian, y ese el único objeto, todos los documentos que constituyen la vida del puerto de Sevilla de una determinada fecha a otra. La consecuencia, y es el segundo rasgo de esta historia serial, es que esta historia no tiene como quehacer inmediato descifrar, a partir de estos documentos, algo así como el desarrollo económico de España; el objeto de la investigación histórica es establecer, a partir de tales documentos, un cierto número de relaciones. Es así que se pudieron establecer —me refiero siempre al estudio de Chaunu sobre Sevilla—⁷ estimaciones estadísticas, año por año, de las estradas y de las salidas de los barcos, la clasificación según los países, la distribución según las mercancías; a partir de las relaciones que pudo establecer, también se pudieron diseñar las curvas de evolución, fluctuaciones, crecimientos, interrupciones, descensos; se pudieron describir los ciclos, se establecieron, finalmente, las relaciones entre este conjunto de documentos concernientes al puerto de Sevilla y otros documentos del mismo tipo relativos a los puertos de América del Sur, las Antillas, Inglaterra, los puertos del Mediterráneo. Como ven, el historiador no interpreta más el documento para captar tras de sí una especie de realidad social o espiritual que se escondería tras de sí; su trabajo consiste en analizar y en tratar una serie de documentos homogéneos concernientes a un objeto y a una época determinada, y esas relaciones internas o externas de ese *corpus* de documentos son las que constituyen el resultado del trabajo del historiador. Gracias a este método, y esta es la tercera característica de la historia

⁷ H. Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, París, Sevpén, 1955-1960, 12 vols.

serial, el historiador puede hacer aparecer acontecimientos que de otra manera no hubieran aparecido. En la historia tradicional se consideraba que lo conocido, lo visible, lo referible directa o indirectamente, eran los acontecimientos, y que el trabajo del historiador era reencontrar la causa o el sentido. Estos últimos estaban en esencia ocultos. El acontecimiento le era esencialmente visible aun si sucedía que faltaban documentos para establecerlo de una manera cierta. La historia serial permite hacer aparecer, de alguna manera, diferentes estratos de acontecimientos, de los cuales unos son visibles, inmediatamente cognoscibles por los contemporáneos, y después, bajo esos acontecimientos que forman en cierto sentido la espuma de la historia, hay otros acontecimientos que son invisibles, imperceptibles para los contemporáneos, y que son una forma totalmente diferente. Retomemos el ejemplo del trabajo de Chaunu. En un sentido, la entrada o salida de un barco al puerto de Sevilla es un acontecimiento que los contemporáneos que habitaban Sevilla conocían perfectamente y que nosotros podemos reconstituir sin mucho problema. Por debajo de esta capa de acontecimientos existen otros un poco más difusos: mismos que no se perciben exactamente de la misma forma por los contemporáneos, pero de los que tienen una cierta conciencia; por ejemplo, una baja o aumento de precios que va a cambiarles su conducta económica. Y aún más, bajo esos acontecimientos se tienen otros difíciles de localizar, que con frecuencia son apenas perceptibles por los contemporáneos y que no constituyen rupturas decisivas. Así pues, la inversión de una tendencia, el punto a partir del cual una curva económica había sido creciente se detiene o entra en regresión, ese punto es un acontecimiento importante en la historia de una ciudad, de un país, eventualmente de una civilización, pero la gente que es contemporánea a estos hechos no se da cuenta. Nosotros mismos, teniendo una contabilidad nacional relativamente precisa, no sabemos exactamente qué produce la inversión de una tendencia económica. Los mismos economistas no saben si un punto de interrupción en una curva económica señala una gran regresión general de la tendencia o si simplemente es una pausa, o un pequeño interciclo en el interior de un ciclo más general. El historiador debe descubrir esta capa oculta de acontecimientos difusos, "atmosféricos", polifacéticos que finalmente determinan, y profundamente, la historia del mundo. Ya que ahora se sabe muy bien que la regresión de una tendencia económica es mucho más importante que la muerte de un rey.

Se estudian de la misma manera, por ejemplo, los crecimientos de población: que la curva demográfica de Europa, que era más o menos estable durante el siglo XVIII, haya subido bruscamente a fines del mismo siglo, y haya continuado subiendo en el XIX, es lo que hizo posible, en buena medida, el desarrollo industrial de Europa en ese siglo; pero nadie ha vivido este acontecimiento de la misma manera como pudieron haber sido vividas las revoluciones de 1848. Se acaba de comenzar una encuesta sobre los modos de alimentación de las poblaciones europeas en el siglo XIX; se ha

percibido que en un determinado momento la cantidad de proteínas absorbidas por las poblaciones europeas aumentó bruscamente. Acontecimiento prodigiosamente importante para la historia del consumo, para la historia de la salud, para la historia de la longevidad. El aumento brusco de las cantidades de proteínas absorbidas por una población es, en cierta manera, mucho más grave que un cambio en la Constitución y que el paso de una monarquía a una república. Es un acontecimiento, pero es un acontecimiento que no podría ser alcanzado por los métodos tradicionales y clásicos. Pero sí por el análisis de series tan continuos como posibles de documentos con frecuencia despreciados. Se ve pues, en la historia serial, no la disolución del acontecimiento en beneficio de un análisis causal o de un análisis continuo, sino la multiplicación de las capas de acontecimientos.

De ahí, dos grandes consecuencias ligadas entre sí: la primera es que las discontinuidades en la historia van a multiplicarse. Tradicionalmente los historiadores marcaban las discontinuidades en los acontecimientos, como la conquista de América o la caída de Constantinopla. Es cierto que tales hechos pueden concernir a las discontinuidades, pero la gran inversión, por ejemplo de la tendencia económica, que era el crecimiento en Europa en el siglo XVI, que se estabilizó y entró en regresión a lo largo del siglo XVII, marca una discontinuidad que no es contemporánea de la primera. La historia aparece no como una gran continuidad bajo una discontinuidad aparente, sino como un enmarañamiento (*enchevêtrement*) de discontinuidades superpuestas. La otra consecuencia, es descubrir en el interior de la historia tipos de duraciones diferentes. Sea el ejemplo del precio donde existe eso que se llama ciclos cortos. Los precios aumentan un poco, después, llegando a un cierto techo, tropiezan con el umbral del consumo, y en ese momento bajan de nuevo un poco, y luego suben. Son ciclos breves que pueden ser perfectamente aislados. Debajo de esta corta duración, de esta duración en cierto sentido vibratoria, hay ciclos más importantes que alcanzan veinticinco o cincuenta años, y luego, todavía, por debajo, hay eso que en inglés se llama los *trends*⁸ seculares (la palabra está en vías de pasar a la lengua francesa), es decir, especies de grandes ciclos de expansión y de recesión que por lo general, en todos lados donde se les observe, abarcan un periodo de ochenta a cien años. Luego, debajo de esos ciclos, está eso que los historiadores franceses llaman "inercias", es decir, grandes fenómenos que juegan sobre los siglos y los siglos: por ejemplo, la tecnología agrícola en Europa, los modos de vida de los agricultores europeos que han permanecido en buena parte inmóviles desde finales del siglo XVI hasta el principio y aun hasta mediados del siglo XIX –inercia del campesinado y de la economía agrícola a partir de las cuales tuvimos los grandes ciclos económicos y, en el interior de esos grandes ciclos, los ciclos más pequeños; finalmente, en la cúspide,

⁸ NT. Dirección, rumbo, curso, tendencia.

pequeñas oscilaciones de precios, de mercado que se pueden observar. La historia no es una duración, sino una multiplicidad de duraciones que se enmarañan y se envuelven entre sí. Hay pues que sustituir la vieja noción de tiempo por la noción de duración múltiple, y cuando los adversarios de los estructuralistas les digan: "Pero olvidan el tiempo", esos adversarios no tienen el más mínimo gesto de darse cuenta que hay buen tiempo, si me atrevo a decir que la historia se ha desembarazado del tiempo, es decir que los historiadores ya no reconocen esta gran duración única que llevaría consigo, en un solo movimiento, todos los fenómenos humanos; en la raíz del tiempo de la historia, no existe algo así como una evolución biológica que llevaría consigo todos los fenómenos y todos los acontecimientos; hay de hecho, duraciones múltiples, y cada una de esas duraciones es portadora de un cierto tipo de acontecimientos. Hay que multiplicar los tipos de acontecimientos como se multiplican los tipos de duración. He ahí la mutación que está en vías de producirse actualmente en la disciplina de la historia.

Y ahora llegaré finalmente a mi conclusión, me excuso de haberlo hecho tan tarde. Creo que entre los análisis estructuralistas del cambio o de la transformación y los análisis históricos de los tipos de acontecimientos y de los tipos de duración hay, no digo exactamente identidad ni siquiera convergencia, sino un cierto número de puntos de contacto importantes. Para terminar los señalaré. Cuando los historiadores tratan documentos, no los tratan para interpretarlos; es decir, no buscan detrás de ellos y más allá de ellos un sentido oculto. En todo caso tratan el documento en el sistema de sus relaciones internas o externas. Es de la misma manera que el estructuralista cuando estudia los mitos o la literatura, no le pide a esos mitos o a esa literatura lo que pueden traducir o expresar de la mentalidad de una civilización o de la historia de un individuo. Se afanan por hacer aparecer las relaciones y el sistema de relaciones propias a ese texto o propias a ese mito. El rechazo de la interpretación y de los modos exegéticos que va a buscar detrás de los textos o de lo que significan los documentos, es un elemento que se encuentra tanto en los estructuralistas como en los historiadores actuales.

El segundo punto es que creo que tanto estructuralistas como historiadores son inducidos, a lo largo de su trabajo, a abandonar la gran y vieja metáfora biológica de la vida y de la evolución. Desde el siglo XIX se han utilizado con frecuencia, la idea de evolución, y conceptos adyacentes, para trazar o analizar los diferentes cambios en las sociedades humanas o en las prácticas y las actividades del hombre. Esta metáfora biológica que permitía pensar la historia presentaba una ventaja ideológica y una ventaja epistemológica. La ventaja epistemológica es que se tenía en la biología un modelo explicativo que era suficiente trasladar, término por término, a la historia; con esto se esperaba que esta historia, al volverse evolutiva, fuera en fin tan científica como la biología. En cuanto a la ventaja ideológica, es muy fácil señalar que si es cierto que la historia está tomada en una duración análoga a la del ser vivo, si son los

mismos procesos de evolución que los de la obra, en la vida y en la historia, pues entonces las sociedades humanas no tienen una especificidad particular, y no tienen otra legalidad, no tienen otra determinación o regularidad que la de la vida misma. Y como no hay revolución violenta en la vida, sino simplemente una lenta acumulación de mutaciones minúsculas, de la misma manera la historia humana no puede realmente llevar en sí misma una revolución violenta, jamás llevará más que pequeños cambios imperceptibles. Metaforizando la historia bajo las especies de la vida, se garantizaba así que las sociedades humanas no serían susceptibles de revolución. Creo que el estructuralismo y la historia permiten abandonar esta gran mitología biológica de la historia y de la duración. El estructuralismo, al definir las transformaciones, la historia, al describir los tipos de acontecimientos y de duraciones diferentes, hace posible a la vez la aparición de discontinuidades en la historia y la aparición de transformaciones reglamentadas y coherentes. El estructuralismo y la historia contemporánea son instrumentos teóricos gracias a los cuales se puede, contra la vieja idea de la continuidad, pensar realmente la discontinuidad de los acontecimientos y la transformación de las sociedades.